



EL PASEO

ROBERT WALSER

La vida de Robert Walser es una de las más apasionantes tragedias de la literatura centroeuropea de este siglo. Auto-didacta, errante, finísimo estilista de la lengua alemana y provisto de una mirada capaz de destripar la realidad con la más suave ironía, Walser empleó los pocos años en que pudo escribir, entre 1904 y 1925, antes de sucumbir a una enfermedad mental de origen hereditario, en tallar exquisitas miniaturas acerca de una vida cotidiana poblada de personajes e impresiones que vienen de la noche cuando ésta es más oscura. *El paseo* es una de esas miniaturas. Un poeta sale a pasear y ante su mirada se alternan la belleza de la vida y el absurdo de las convenciones de la sociedad, el sonido de una voz que canta y el espectáculo del gran teatro del mundo. Entre el sabor más crítico y la más pura de las reflexiones, *El paseo* es una espléndida muestra del arte de este autor tan admirado por escritores como Kafka, Thomas Mann, Musil, Canetti, Walter Benjamin o Claudio Magris, entre otros.

Declaro que una hermosa mañana, ya no sé exactamente a qué hora, como me vino en gana dar un paseo, me planté el sombrero en la cabeza, abandoné el cuarto de los escritos o de los espíritus, y bajé la escalera para salir a buen paso a la calle. Podría añadir que en la escalera me encontré a una mujer que parecía española, peruana o criolla. Mostraba cierta pálida y marchita majestad. Sin embargo, he de prohibirme del modo más estricto detenerme aunque no sean más que dos segundos con esta brasileña o lo que fuere; porque no puedo desperdiciar ni espacio ni tiempo. Hasta donde puedo acordarme hoy, cuando escribo todo esto, me encontraba, al salir a la calle abierta, luminosa y alegre, en un estado de ánimo romántico-extravagante, que me satisfacía profundamente. El mundo matinal que se extendía ante mis ojos me parecía tan bello como si lo viera por primera vez. Todo lo que veía me daba la agradable impresión de cordialidad, bondad y juventud. Olvidé con rapidez que arriba en mi cuarto había estado hacía un momento incubando, sombrío, sobre una hoja de papel en blanco. Toda la tristeza, todo el dolor y todos los graves pensamientos se habían esfumado, aunque aún sentía vivamente delante y detrás de mí el eco de una cierta seriedad. Esperaba con alegre emoción todo lo que pudiera encontrarme o salirme al paso durante el paseo. Mis pasos eran medidos y tranquilos, y, por lo que sé, mostraba al caminar un semblante bastante digno. Me gusta ocultar mis sentimientos a los ojos de mis congéneres, sin que, no obstante, me esfuerce aprensivamente en hacerlo, lo que consideraría un gran defecto y una gran tontería. Todavía no había

recorrido veinte o treinta pasos de una amplia plaza poblada de gente, cuando me salió ligero al encuentro el profesor Meili, una inteligencia de primer orden. Como la autoridad inmovible, el profesor Meili caminaba con paso grave, solemne y soberano; en la mano llevaba un inflexible y científico bastón de paseo, que me inspiró espanto, reverencia y respeto. La nariz del profesor Meili era una severa, imperiosa, rigurosa nariz de águila o de azor, y la boca estaba jurídicamente cerrada y apretada. El paso del famoso erudito asemejaba una férrea ley; la Historia Universal y el reflejo de actos heroicos largamente pasados brillaban en los duros ojos del profesor Meili, ocultos tras boscosas cejas. Su sombrero parecía un soberano inderrocable. Los soberanos secretos son los más orgullosos y más duros. Sin embargo, tomado en su conjunto el profesor Meili se comportaba con gran suavidad, como si no necesitara en modo alguno hacer notar la suma de poder e influencia que personificaba, y a pesar de su implacabilidad y dureza su figura me resultó simpática, porque pude decirme que los que no sonríen de forma dulce y bella son sinceros y dignos de confianza. Como se sabe, hay golfos que se hacen los amables y buenos y tienen el espantoso talento de sonreír cortés y gentilmente durante los delitos que cometen.

Venteo algo de un librero y una librería; asimismo, según intuyo y noto, pronto habrá de ser mencionada y valorada una panadería con jactanciosas letras de oro. Pero antes tengo que reseñar a un sacerdote o párroco. Un químico del Ayuntamiento, pedaleando o dando pedales, pasa con rostro amable y de importancia pegado al paseante, es decir, a mí, al igual que un médico de guarnición o de Estado Mayor. No se puede dejar de atender y reseñar a un modesto peatón, porque me ruega que tenga la amabilidad de mencionarle. Se trata de un anticuario y perista enriquecido. Chiquillos y chiquillas corretean al sol libres y sin freno. «Dejémoslos ir tranquilos y sin freno», pensé; «la edad se encargará de asustarlos y frenarlos. Demasiado

pronto, por desgracia». Un perro se refresca en el agua de la fuente. Golondrinas, me parece, trisan en el cielo azul. Una o dos damas elegantes, con faldas asombrosamente cortas y botines altos de color sorprendentemente finos, se hacen notar espero que tanto como cualquier otra cosa. Llamen la atención dos sombreros de verano o de paja. La cosa con los dos sombreros de paja es la siguiente: de repente veo dos sombreros en el aire luminoso y delicado, y bajo los sombreros hay dos excelentes caballeros que parecen desearse buenos días mediante un bello y gentil levantar y agitar el sombrero. En este acto, los sombreros son visiblemente más importantes que sus portadores y poseedores. Por lo demás, se ruega humildemente al autor guardarse de burlas y sarcasmos, en realidad superfluos. Se le insta a mantenerse serio, y ojalá lo haya entendido de una vez por todas.

Como una librería en extremo airosa y bien surtida se mostrara agradablemente ante mis ojos, y sintiera el instinto y el deseo de hacerle una breve y fugaz visita, no dudé en entrar a la tienda con visiblemente buenos modales, permitiéndome pensar en todo caso que quizá estuviera mejor como inspector y revisor de libros, como recopilador de informaciones y fino conocedor, que como querido y bien visto rico comprador y buen cliente. Con voz cortés, en extremo cautelosa, y las expresiones, comprensiblemente, más escogidas, me informé acerca de lo último y lo mejor en el campo de las bellas letras.

—¿Podría —pregunté con timidez— ver y apreciar al instante lo más esmerado y serio, y por tanto naturalmente también lo más leído y más rápidamente reconocido y vendido? Me obligará en alto grado a inusual agradecimiento si me hace el enorme favor y tiene la bondad de mostrarme ese libro, que, como sin duda nadie sabe con tanta exactitud como precisamente usted, ha encontrado el máximo favor tanto en el público lector como en la temida y, por tanto sin duda también, halagada crítica, y lo seguirá en-

contrando. No sabe cuánto me interesa saber enseguida cuál de todos los libros u obras de la pluma aquí apilados y expuestos es ese libro favorito en cuestión, cuya visión con toda probabilidad, como he de sospechar del modo más vivo, me convertirá en inmediato, alegre, entusiasta comprador. El deseo de ver al escritor favorito del mundo instruido y su obra maestra admirada, entusiásticamente aplaudida, y como he dicho probablemente de comprarla, me hormiguea y cosquillea por todos los miembros. ¿Puedo rogarle que me muestre ese libro exitosísimo para que el ansia que se ha apoderado de todo mi ser se satisfaga y deje de inquietarme?

—Con mucho gusto —dijo el librero. Desapareció como una flecha, para volver al instante siguiente con el ansioso comprador e interesado, y llevando en la mano el libro más comprado y más leído, de valor en verdad perdurable. Llevaba el valioso producto intelectual tan cuidadosa y solemnemente como si portara una milagrosa reliquia. Su rostro mostraba arrobó; su gesto irradiaba el máximo respeto, y con una sonrisa en los labios como sólo pueden tener los creyentes e íntimamente convencidos, me enseñó del modo más favorable lo que traía consigo. Yo contemplé el libro y pregunté:

—¿Podría usted jurar que éste es el libro más difundido del año?

—Sin duda.

—¿Podría afirmar que éste es el libro que hay que haber leído?

—A toda costa.

—¿Y es realmente bueno?

—¡Qué pregunta tan superflua e inadmisible!

—Se lo agradezco mucho —dije con sangre fría; preferí dejar tranquilamente donde estaba el libro que había tenido la más absoluta difusión, porque había que haberlo leído a toda costa, y me alejé sin ruido, sin perder una sola palabra más.

—¡Hombre maleducado e ignorante! —me gritó, naturalmente, el vendedor, en su justificado y profundo disgusto. Pero yo le dejé hablar y seguí mi camino con lentitud, y además, como enseguida explicaré y haré comprensible, directo al imponente instituto bancario situado en inmediata proximidad.

Adonde creía tener que dirigirme para obtener información fiable sobre ciertos valores. «Hacer de paso una rápida visita a un instituto monetario», pensé o me dije para mis adentros, «para tratar de asuntos financieros y hacer esas preguntas que sólo se hacen en un susurro es bello y de muy buen efecto».

—Está bien y es magníficamente adecuado que haya venido a vernos en persona —me dijo en el mostrador el funcionario responsable, en tono muy amistoso, y añadió, mientras sonreía casi con picardía, pero en todo caso alegre y agradablemente, lo siguiente—:

»Como he dicho, está bien que haya venido. Ahora mismo íbamos a dirigirnos a usted por carta para darle, lo que ahora podemos hacer de palabra, la para usted sin duda satisfactoria noticia de que por mandato de una asociación o círculo de bondadosas y filantrópicas señoras, que a todas luces le tienen a usted estima, hemos no cargado, sino más bien, lo que sin duda le será mucho más bienvenido, abonado mil francos en su cuenta, lo que le confirmamos por la presente y de lo que, si es tan amable, puede usted tomar nota en la cabeza o donde le parezca. Suponemos que le agradará tal revelación; porque, sinceramente, nos da una impresión que, nos permitiremos decir, nos dice casi con gran claridad que necesita de manera grave cuidados de naturaleza delicada y bella. El dinero está desde hoy a su disposición. Se ve que un fuerte alborozo se extiende en este instante por sus rasgos. Sus ojos brillan; su boca tiene en este momento un algo sonriente con lo que quizá hacía mucho que no había reído, porque apremiantes preocupaciones cotidianas de carácter odioso le prohibían hacerlo, y

porque desde hacía largo tiempo quizá se encontraba la mayoría de las veces de apesadumbrado humor, ya que toda clase de malos y tristes pensamientos ensombrecían su frente. Frótese las manos de placer y alégrese de que algunas nobles y amables benefactoras, movidas por el sublime pensamiento de que es bello amortiguar el sufrimiento y bueno suavizar la necesidad, pensaran que un pobre poeta sin éxito (porque eso es lo que es usted, ¿no?) necesitaba apoyo. Le felicitamos por el hecho de que se encuentren algunas personas que quieran rebajarse a acordarse de usted, y por la circunstancia de que no todo el mundo sea indiferente a la tan despreciada existencia de un poeta.

—La suma insospechadamente recibida, que me ha sido donada por suaves y bondadosas manos de hada o de mujer —dije—, quisiera dejarla tranquilamente en manos de ustedes, donde por el momento estará mejor guardada, ya que disponen de las necesarias cajas a prueba de fuego y de ladrones, destinadas a proteger los tesoros de toda aniquilación y de toda decadencia. Además, incluso pagan intereses. ¿Puedo rogarle que me extienda un recibo? Supongo que tendré la libertad de sustraer en todo momento pequeñas sumas a la gran suma, según mi voluntad y necesidad. Quisiera observar que soy ahorrador. Sabré tratar la donación como un hombre sólido y consciente de sus objetivos, es decir, con extremada cautela, y expresaré mi agradecimiento a las amables donantes en un discreto y gentil escrito, lo que pienso hacer mañana temprano para que el aplazamiento no me haga olvidarlo. La suposición, que tan abiertamente manifestaba usted antes, de que soy pobre, puede basarse en una inteligente y correcta observación. Pero basta por completo con que yo mismo sepa lo que soy, y con que sea yo mismo el que mejor informado esté sobre mi persona. A menudo las apariencias engañan, señor mío, y lo mejor es dejar el juicio sobre una persona a esa misma persona. Nadie puede conocer tan bien como él mismo a un hombre que ha visto y vivido tanto. A veces an-



do errante en la niebla y en mil vacilaciones y confusiones, y a menudo me siento miserablemente abandonado. Pero pienso que es bello luchar. Un hombre no se siente orgulloso de las alegrías y del placer. En el fondo lo único que da orgullo y alegría al espíritu son los esfuerzos superados con bravura y los sufrimientos soportados con paciencia. Pero no gusta derrochar palabras a este respecto. ¿Qué hombre honrado no ha estado desvalido nunca en su vida, y qué ser humano ha mantenido por completo intactos a lo largo de los años sus esperanzas, planes, sueños? ¿Dónde está el alma cuyos anhelos, osados deseos, dulces y elevadas concepciones de la felicidad se cumplieron, sin tener que hacer descuentos en ellas?

Se me extendió y entregó recibo por mil francos, con lo que el sólido depositante y cuentacorrentista, es decir, no otro que yo, pudo despedirse y retirarse. Con el corazón alegre por el capital que tan mágicamente, como del cielo, me había caído, salí del alto y hermoso local de cobro al aire libre para proseguir el paseo.

Quiero y puedo, y espero que se me permita (ya que en este momento no se me ocurre nada nuevo e inteligente), añadir que llevaba en el bolsillo una cortés y estimulante invitación de la señora Aebi. La tarjeta me requería afectuosamente y me animaba a comparecer a las doce y media en punto para tomar una modesta comida. Me propuse con firmeza obedecer al requerimiento y presentarme puntualmente a la hora indicada en casa de la estimable persona en cuestión.

Si tú, querido, ponderado lector, te tomas la molestia de avanzar minuciosamente con el escritor e inventor de estas líneas por el luminoso y amable mundo matinal, no con apresuramiento, sino más bien cómoda, objetiva, llana, prudente y tranquilamente, ambos llegaremos ante la ya citada panadería con rótulo dorado, donde nos sentiremos movidos a detenernos con horror para asombrarnos de ma-

nera dolorosa de la burda jactancia y de la triste deformación a ella íntimamente vinculada de la dulce rusticidad.

Espontáneamente exclamé:

—Bastante desanimado, por Dios, puede quedarse un hombre recto en vista de tan bárbaras muestras doradas, que imprimen al paisaje en el que nos encontramos un sello de interés, avaricia, mísero y desnudo embrutecimiento del espíritu. ¿Necesita en verdad un sencillo y honrado panadero presentarse de modo tan grandilocuente, brillar y relampaguear al sol con su torpe anuncio de oro y plata, como un príncipe o una dudosa dama coqueta? ¡Que hornee y amase su pan con honor y razonable modestia! En qué clase de mundo de engaño empezamos o hemos empezado ya a vivir cuando el municipio, la vecindad y la opinión pública no sólo tolera, sino que al parecer desdichadamente incluso ensalza aquello que ofende a todo buen sentido, a todo sentido de la razón y del agrado, a todo sentido de la belleza y de la probidad, aquello que se jacta de manera enfermiza, que se otorga un ridículo prestigio de barrio bajo, aquello que a cien y más metros de distancia grita al buen y honrado aire: «Soy esto y lo otro. Tengo tanto y cuanto dinero, y puedo permitirme llamar desagradablemente la atención. Sin duda soy un bruto y un majadero y un tipo sin gusto, con mi fea pompa; pero nadie me puede impedir ser bruto y majadero». ¿Guardan estas letras doradas, que se ven relucir desde lejos, estas letras espantosamente brillantes, cualquier relación aceptable, honradamente justificada, cualquier relación de sano parentesco con el... pan? ¡De ninguna manera! Pero las espantosas jactancia y bravuconería han empezado en alguna esquina, en algún rincón del mundo, a alguna hora, como una lamentable y penosa inundación, han hecho progreso tras progreso, arrastrando consigo basura, suciedad y necedad, extendiéndolas por el mundo y han arrastrado también a mi honrado panadero para echar a perder su hasta ahora buen gusto, para socavar su innato decoro. Daría mucho, daría el

brazo izquierdo o la pierna izquierda, si con semejante sacrificio pudiera devolver al país y a sus gentes el viejo y buen sentido de la integridad, de la antigua sobriedad, aquella rectitud y modestia que sin duda se han perdido de muchas maneras y para desgracia de todos los hombres honrados. Al diablo con el ansia miserable de parecer más de lo que se es. Es una verdadera catástrofe, que extiende por el mundo el peligro de guerra, la muerte, la miseria, el odio y las heridas y le pone a todo lo que existe una indeseable máscara de maldad y fealdad. Para mí un artesano no es un Monsieur y una mujer sencilla no es una Madame. Pero hoy todo quiere deslumbrar y brillar, ser nuevo y fino y bello, ser Monsieur y Madame, que es un horror. Quizá con el tiempo las cosas vuelvan a cambiar. Yo así lo espero.

Por lo demás, en lo que respecta al aspecto señorial y el gesto soberano enseguida me daré a mí mismo un repaso, como pronto se apreciará. Ya se verá de qué modo. No estaría bien criticar a otros sin compasión y querer tratarme a mí mismo con delicadeza y tan cuidadosamente como sea posible. Un crítico que tal hace no es auténtico, y los escritores no deben abusar de la escritura. Espero que esta frase guste en general, despierte satisfacción y halle cálido aplauso.

Una fundición llena de trabajadores y de trabajo produce aquí a la izquierda del camino llamativo estrépito. Con ocasión de ello, me avergüenzo sinceramente de no hacer más que pasear mientras tantos otros se desloman y trabajan. Naturalmente, yo me deslomaré y trabajaré quizá a una hora en la que todos estos trabajadores libren y descansen.

Un montador en bicicleta, compañero del batallón de milicias 134/III, me grita al pasar:

—Me parece que vuelves a pasear en día laborable.

Yo le saludo riendo y admito con alegría que tiene razón si piensa que paseo.

«Así que me ven pasear», pensé para mis adentros, y seguí paseando pacíficamente sin molestarme lo más míni-

mo por haber sido atrapado, lo que habría sido una tontería.

Con mi traje inglés regalado amarillo claro, me veía, he de confesarlo abiertamente, como un gran lord, grand-seigneur, un marqués paseando arriba y abajo por el parque, a pesar de que donde me encontraba era sólo una zona pobre y carretera, medio rural, medio suburbial, sencilla, amable, modesta y de pocas aspiraciones, y no un distinguido parque, como me he atrevido a indicar, lo que retiré sigilosamente, porque todo lo que tenía de parque es inventado y no pega en absoluto aquí. Pequeñas y mayores fábricas y talleres mecánicos se alzaban dispersos al azar entre la vegetación. Una agricultura robusta y cálida se daba aquí la mano amistosamente con una industria, por así decir, de martillo y batán que siempre tiene algo de deslavado y flaco. Nogales, cerezos y ciruelos daban al camino suave y curvilíneo un toque atrayente, distraído y decorativo. Un perro yacía en mitad de la calle, que en sí misma yo encontraba bella y amaba. Amaba en realidad la mayoría de lo que iba viendo, de manera fogosa e instantánea. Otra pequeña y bonita escena de perros y de niños fue la siguiente: un perro grande, pero gracioso, con sentido del humor, inofensivo, contemplaba en silencio a un retaco de muchacho, en cuclillas en la escalera de una casa, y que, debido a la atención que el bondadoso, aunque un poco imponente animal, tuvo a bien dedicarle, se puso a llorar lamentablemente de miedo y organizó un fuerte griterío infantil. Yo encontré la escena encantadora; pero casi más bonita y encantadora me pareció otra escena infantil en el teatro del camino rural. Dos niños muy pequeños estaban, en el camino bastante polvoriento, como en un jardín. Uno le dijo al otro: «Dame un besito». El otro niño le dio lo que con tanto énfasis se le pedía. Entonces el primero dijo: «¡Bueno! Ahora puedes levantarte del suelo». Muy probablemente, sin el dulce besito no le habría permitido lo que ahora le concedía. «¡Cuán adecuada es esta ingenua y pe-

queña escena al hermoso cielo azul, que tan divinamente sonrío a la alegre, ligera y luminosa tierra!», me dije. «Los niños son celestiales porque siempre están como en una especie de cielo. Cuando se hacen mayores y crecen se les escapa el cielo, y caen desde la infancia a la seca y calculadora esencia y a las aburridas concepciones de los adultos. Para los niños de la gente pobre, el veraniego camino rural es como un cuarto de juegos. ¿Dónde habrían de estar si no, cuando los jardines les están cerrados con egoísmo? Ay de esos automóviles que pasan, que atraviesan fría y malvadamente el juego de niños, el cielo infantil, de tal modo que esos pequeños seres humanos inocentes corren peligro de ser aplastados. No quiero tener el horrible pensamiento de que un niño sea realmente arrollado por uno de esos toscos carros triunfales, porque si no la ira me induciría a expresiones groseras con las que, como es sabido, nunca se consigue gran cosa».

A la gente que va levantando polvo en un rugiente automóvil les muestro siempre mi rostro malo y duro, y no merecen otro mejor. Piensan entonces que soy un vigilante y policía de paisano, encargado por elevadas autoridades y organismos de vigilar a los conductores, tomar el número de los vehículos y denunciarlos después. Siempre miro sombrío a las ruedas, al conjunto, y nunca a los ocupantes, a los que desprecio, en modo alguno de forma personal, sino por puro principio; porque no comprendo ni comprenderé nunca que pueda ser un placer pasar así corriendo ante todas las creaciones y objetos que muestra nuestra hermosa Tierra, como si uno se hubiera vuelto loco y tuviera que correr para no desesperarse miserablemente. De hecho, amo el reposo y todo lo que reposa. Amo el ahorro y la moderación y soy contrario en el nombre de Dios en lo más hondo de mi ser a toda prisa y atosigamiento. No tengo que decir más que lo que es verdad. Y seguro que por estas palabras no dejará de haber automóviles, con ese mal olor que echa a perder el aire, y que sin duda nadie estima

y quiere especialmente. Sería antinatural que la nariz de alguien amara y aspirase con alegría lo que para cualquier nariz humana como es debido es a veces, según quizá el humor de que se esté, irritante y aborrecible. Basta, y no lo tome usted a mal. Y ahora a seguir paseando. Es divinamente hermoso y bueno, sencillo y antiquísimo, ir a pie. Suponiendo que zapatos y botas estén en condiciones.

¿Tendrán la bondad de permitirme ahora, muy estimados señores, benefactores y lectores, aceptando con benevolencia este estilo quizá un tanto demasiado solemne y arrogante, que llame como merecen su atención sobre dos personas, figuras o personajes especialmente importantes, en primer término o mejor en primer lugar sobre una supuesta ex actriz y en segundo lugar sobre la más joven presunta futura cantante? Considero a estas dos personas tan importantes como suponerse puede, y por eso he creído tener que anunciarlas y proclamarlas debidamente de antemano, antes de que aparecieran y figuraran en realidad, para que un perfume de importancia y fama preceda a las dos delicadas criaturas y cuando aparezcan se les pueda recibir y contemplar con toda la atención y minucioso amor con los que, en mi ínfima opinión, hay que distinguir casi necesariamente a tales seres. Hacia las doce y media, como es sabido, el señor autor comerá, se regalará y alimentará en el palazzo o casa de la señora Aebi, en recompensa a sus múltiples fatigas. Hasta entonces aún dejará atrás un tramo considerable de camino, y tendrá que escribir algunas líneas más. Pero ya se sabe de sobra que pasea tan a gusto como escribe; esto último en todo caso quizá un punto menos a gusto que lo primero.

Ante una casa limpiísima y bella vi, cerca de la hermosa carretera, a una mujer sentada en un banco, y apenas la había visto cuando me atreví ya a dirigirme a ella, diciéndole, con los giros más gentiles y corteses posibles, lo siguiente:

—Discúlpeme si a mí, un hombre totalmente desconocido para usted, se me agolpa en los labios al verla la vehe-

mente y sin duda osada pregunta: ¿no habrá sido quizá actriz antaño? Pues tiene usted el entero aspecto de una gran actriz y artista de la escena, antaño consentida y celebrada. Sin duda se asombrará, con la mayor razón, ante tan asombrosamente atrevida e impertinente alocución y pregunta; pero tiene usted un rostro tan bello, un aspecto tan agraciado, encantador y, tengo que añadir, interesante, muestra una tan hermosa, noble y buena figura, mira tan directa y clara y tranquilamente, a mí y al mundo entero, que me era imposible forzarme a pasar ante usted sin arriesgarme a decirle algo gentil y halagador, lo que ojalá no me tome a mal, aunque he de temer que merezco castigo y desaprobación por mi ligereza. Cuando la vi, se me ocurrió al instante la idea de que tenía que haber sido actriz, y hoy, pensé entre mí, se sienta usted en esta calle sencilla, aunque hermosa, ante esa tiendecita cuya propietaria se me antoja que es. Quizá hasta hoy aquí nadie se haya dirigido a usted así, sin ceremonia alguna. Su aspecto cordial y al tiempo encantador, su presencia amable y bella, su calma, su fina figura y su noble y despejado aspecto a su madura edad, que me permitirá observar, me han animado a entablar con usted una familiar conversación en plena calle. También el hermoso día, cuya alegría y serenidad me satisfacen, ha encendido en mí una jovialidad con la que quizá haya ido demasiado lejos frente a la dama desconocida. ¡Sonríe! Entonces no le enfada el lenguaje desenvuelto que utilizo. Me parece, si se me permite decirlo así, hermoso y bueno que de vez en cuando dos desconocidos puedan hablar libre y tranquilamente, para lo que al fin y al cabo los habitantes de este errante, extraño planeta, que es para nosotros un enigma, tenemos boca y lengua y la capacidad de hablar, que en sí misma es tan bella y extraña. En todo caso usted, cuando la vi, me gustó de inmediato; pero tengo ahora que disculparme respetuosamente, y quisiera rogarle que esté convencida de que me inspira el más caluroso respeto.